

LA ORTODOXIA COMO SELLO DE IDENTIDAD EN LA OBRA LITERARIA DE IOANNA TSATSOS

Maila García - Amorós

Facultad de Filosofía y Letras – Universidad de Granada. España

Resumen: Ioanna Tsatsos fue una interesante figura de la literatura griega del siglo XX. En su obra puede apreciarse claramente una profunda fe en la ortodoxia, que se filtra en muchas de sus obras, tanto en verso como en prosa. El objetivo de este trabajo es analizar el modo en que la autora busca sus raíces en la ortodoxia y cómo sobre ella sienta las bases de su identidad, no sólo religiosa, sino también nacional.

Palabras clave: religión - identidad - ortodoxia - Bizancio - Asia Menor.

ORTHODOXY AS A HALLMARK IN THE LITERARY WORK OF IOANNA TSATSOS

Abstract: Ioanna Tsatsos was an interesting figure of 20th century Greek literature. A deep faith in orthodoxy can be clearly seen in her work, which seeps into many of her books, both in verse and prose. The objective of this article is to analyze the way in which the author seeks her roots in orthodoxy and how she bases her religious and national identity on this orthodoxy.

Key words: religion - identity - orthodoxy - Byzantium - Asia Minor.

Recibido: 09.02.2022 - Aceptado: 31.05.2022

Correspondencia: Maila García Amorós

Email: maila@ugr.es

Dirección: C/ Profesor Clavera S/N, Facultad de Filosofía y Letras,

Departamento de Filología Griega y Eslava.

Universidad de Granada. España.

ORCID ID: 0000-0003-0287-3641

Introducción

Aunque Ioanna Tsatsos fue más conocida por haber sido hermana del célebre poeta griego Yorgos Seferis y esposa del también poeta, filósofo y político Constantinos Tsatsos, lo cierto es que fue una interesante figura de la literatura griega femenina del siglo XX. Su obra está constituida por relatos de índole autobiográfica y por un total de 12 colecciones poéticas. En todas ellas, la autora pone de manifiesto su profunda fe en la ortodoxia, llegando a ser uno de los temas fundamentales de su obra poética (Moschos: 1987). El objetivo de este trabajo es analizar el modo en que la autora identifica la religión ortodoxa con la tradición bizantina y cómo conecta el elemento bizantino con el elemento griego moderno más genuino a través de la religión. Trataremos de ver cómo, a través de este mecanismo, logra sentar las bases de su identidad, no sólo religiosa, sino también nacional. La identificación de la fe ortodoxa con Grecia es una constante a lo largo de toda su obra poética y se aprecia también en algunos de sus escritos autobiográficos. A lo largo de estas páginas vamos a dar cuenta del sentimiento de desarraigo que lleva a nuestra poetisa a emprender la búsqueda de sus raíces griegas, remontándose hasta la Antigüedad clásica. Veremos cómo la religión es el elemento distintivo griego y al mismo tiempo el hilo conductor que da cohesión a lo griego a través de sus largos siglos de historia.

Para poder comprender esta vinculación entre el sentimiento de desarraigo con la Antigüedad clásica y con la religión ortodoxa, es preciso conocer la trayectoria vital y literaria de nuestra autora. Para ello, ofrecemos una breve biografía en la que tratamos, de manera muy sucinta, de presentar los momentos más significativos vividos por nuestra autora y su implicación en los hechos históricos que vivió, ya que la relación entre autobiografía e historia es muy estrecha en todo el conjunto de su obra. A continuación, ofrecemos una breve aproximación a su obra para pasar, posteriormente, al análisis del tema que nos ocupa. El análisis se ha hecho atendiendo principalmente a su obra poética, pues es en ella donde el tema de la religión se refleja de manera más simbólica y donde esta triple identificación se materializa con mayor claridad y brillo poético. No obstante, en ocasiones, haremos también alusión a algunas de sus obras en prosa en las que encontramos refuerzo a algunas de las teorías que se exponen en el análisis. Por último, expondremos nuestras conclusiones sobre el tema abordado y recogemos la bibliografía consultada.

Breve biografía

Nuestra autora nació como Ioanna Seferiadi en 1902 en la ciudad minorasiática de Esmirna, donde vivió sus primeros años. Hija del eminente profesor de derecho internacional Stelios Seferiadis, recibió desde niña una esmerada educación y respiró en la atmósfera irredentista de la Gran Idea¹. En 1914, debido a los conflictos que se desencadenaron en Asia Menor tras el estallido de la Primera Guerra Mundial², Ioanna se trasladó con su familia a Atenas. El desenlace de la guerra con Turquía, que culminaría con la llamada Catástrofe de Asia Menor en septiembre de 1922³, hizo que ya jamás regresara a su ciudad natal. El dolor por la pérdida de su patria era tal, que no pudo sacar fuerzas para enfrentarse al recuerdo de su infancia en una tierra que ya no era la suya. Aunque no hace alusión directa a los motivos por los que nunca regresó a Esmirna en ninguna de sus obras, estos se desprenden con total claridad de las palabras con las que se refiere a la visita de su hermano Yorgos, quien sí regresó a su ciudad natal muchos años después de la Catástrofe, en 1950: “¿De dónde sacó el ánimo para encontrar muerto su mejor “yo”?” (Tsatsos 1971, p. 312) se pregunta. Al igual que ocurre con su hermano Yorgos Seferis y otros compañeros de generación, el recuerdo de los años de su niñez y la evocación nostálgica de Asia Menor serán una constante en su obra (Glykofrydi-Athanasopoulou 2004, pp. 143-162).

1 Política irredentista que pretendía incorporar al estado griego territorios del Imperio otomano con elevado porcentaje de población griega. La zona del Ponto, en el Mar Negro, y Asia Menor eran los principales objetivos de este ambicioso proyecto que aspiraba a la consolidación de la “Grecia de los dos continentes y los cinco mares”. (Vacalópoulos 1985, pp. 203-204; Clogg 1996, pp. 63-67).

2 En Asia Menor desde principios del siglo XX y, sobre todo, tras el estallido de la Primera Guerra Mundial comenzaron de manera sistemática las persecuciones de griegos por parte del Gobierno de los Jóvenes Turcos. (Graupera 1920)

3 El fin de la Primera Guerra Mundial, supuso el inicio de una nueva guerra entre Grecia y Turquía, que se disputaban las zonas de Asia Menor y del Ponto. En mayo de 1919, con el beneplácito de las grandes potencias, las tropas griegas desembarcaron en la ciudad de Esmirna. Un año más tarde, el Tratado de Sèvres consolidaba a Grecia como garante de la seguridad y le ofrecía una posible unión de Esmirna y sus alrededores al estado griego. Sin embargo, cuando en noviembre de 1920 Elefterios Venizelos, aliado de la Entente durante la guerra, perdió las elecciones y tomó las riendas del gobierno el partido monárquico (el rey Constantino I había apoyado a Alemania), las potencias retiraron su apoyo a Grecia para brindárselo a los rebeldes turcos liderados por Mustafá Kemal. El desarrollo brutal de los acontecimientos en septiembre de 1922, tras la retirada griega, puso fin a la guerra, que se saldó con unos 30.000 muertos, griegos y armenios principalmente, y la ciudad de Esmirna reducida a cenizas. Este hecho se conoce como la Catástrofe de Asia Menor. (Morcillo 2006, p. 157).

En 1923 se matriculó en la Facultad de Derecho de la Universidad de Atenas y en 1930 defendió su tesis doctoral, convirtiéndose en la primera mujer griega poseedora de un doctorado en Derecho (Tsiropoulos 2002, p. 235), sin embargo, nunca llegó a ejercer la abogacía. Ese mismo año se casó con Constantinos Tsatsos y adoptó el apellido de su esposo, con el que firmaría posteriormente todas sus obras. Su matrimonio con Tsatsos le brindó una estrecha relación tanto con el mundo intelectual, como con el mundo de la política.

Durante la Ocupación de Grecia por las fuerzas del Eje, Ioanna coordinó el *Servicio de Ayuda a las Familias de los Ejecutados* en colaboración con el Arzobispado de Atenas, haciéndose cargo del recuento y registro de víctimas, a fin de que las familias de los ejecutados pudieran recibir pensiones. Cuando comenzó la persecución de los judíos en Grecia, ayudó a escapar a unos 700 de ellos, a quienes bautizaban como cristianos ortodoxos en el Arzobispado y proveían de documentación falsa (Tsatsos 2000, p. 88). También colaboró con algunas organizaciones de la Resistencia, principalmente con la EKKKA, liderada por el coronel Dimitrios Psarós. El periodo de la Ocupación fue, sin duda, una de las más duras experiencias vividas por nuestra autora, sin embargo, supuso también su despertar literario.

En 1975, tras la dictadura de la Junta Militar⁴ su marido, Constantinos Tsatsos, fue elegido Presidente de la República Helénica, por lo que su actividad política y diplomática durante aquellos años fue muy intensa. En 1980, cuando Constantinos Karamanlís tomó el relevo al presidente Tsatsos, el matrimonio se retiró de la vida pública. Konstantinos Tsatsos murió en 1987. Ioanna murió en 2000 a los 98 años de edad, tras haber culminado una brillante trayectoria literaria.

Breve aproximación a su obra

El despertar literario de Ioanna Tsatsos se sitúa en los años de la Ocupación, cuando tratando de evadirse de los duros momentos que estaba viviendo, encontró refugio en la escritura. De esta época data su primera obra, *Diario de la Ocupación* (1965) que, sin embargo, no se publicó hasta veinte años más tarde. A partir de este momento su trayectoria literaria fue continua y

⁴ El 21 de abril de 1967 tres coroneles del ejército griego, Patakós, Makarezos y Papadópolous, perpetraban un golpe de estado mediante el cual instauraron un régimen dictatorial que duró siete años, hasta julio de 1974. En el marco de la transición democrática, tuvo lugar un referéndum sobre la monarquía, que puso fin a la misma a finales de 1974. El primer presidente de la recién instaurada República Helénica fue Constantinos Tsatsos. (Marceau 1968, 175-181; Leguineche 1982, 19).

avanzó con paso firme hasta 1993, fecha de la que data su última publicación. También del periodo de la Ocupación son algunas composiciones poéticas que recogería más tarde en sus primeras colecciones poéticas *Palabras del silencio* (1968) y *Luz indivisible* (1969), en las que, junto al tema religioso predominan la desesperanza y la angustia por el paso del tiempo.

En 1971 la pérdida de su hermano, el poeta Yorgos Seferis, a quien siempre estuvo muy unida, inspiraría dos de sus obras cumbre, la biografía del poeta con el título de *Mi hermano Yorgos Seferis* (1973), que constituye al mismo tiempo su propia autobiografía, y la colección poética *Elegía* (1971), en la que nos hace partícipes de su inmenso dolor por la muerte de su hermano. Durante la presidencia de Constantinos Tsatsos (1975-1980), nuestra autora pudo compaginar su actividad política con su actividad literaria y en esos años publicó algunos de sus poemarios más importantes como *Pared desnuda* (1976), *El ciclo del reloj* (1976) y *Tiempo* (1980). En los diarios *Las horas del Sinaí* (1981) y *Momentos y recuerdos* (1988) nos da cuenta de la labor presidencial de Constantinos Tsatsos y de su propia labor como su consorte. Tras la muerte de su marido en 1987, Ioanna continuó escribiendo y nos brindó todavía obras de gran calidad y madurez literaria como los poemarios *Indagación* (1984), *El brillo del tiempo* (1990), *Luz en la oscuridad* (1992) y el libro de memorias *Kidathineon 9* (1993).

Como hemos visto, su obra en prosa está compuesta fundamentalmente por relatos de índole autobiográfica en la que abundan los diarios y los libros de memorias y en la que el referente histórico desempeña un papel fundamental (García-Amorós 2008). De esta manera, sus obras, además de ir trazando su biografía, constituyen todo un documento histórico del siglo XX. Esta tendencia se aprecia también en su obra poética, en la que el devenir histórico de Grecia y el propio mundo interior de la autora se conjugan para dar forma a una poesía profundamente intimista y testimonial al mismo tiempo. A través de su poesía, puede apreciarse cómo el devenir histórico condiciona su experiencia vital e inspira algunos de sus poemas más bellos.

A través de sus doce poemarios, Ioanna desarrolla una personalidad poética propia con unas características específicas y un estilo genuino en una lengua demótica llena de elegancia y ritmo musical. Nuestra autora persigue la sencillez y la expresión sobria de un sentimiento sustancial. Por ello, la ausencia de rima, de métrica y de recursos estilísticos excesivos son algunas de sus características básicas. Su poesía está compuesta en su totalidad en verso libre y despojada de toda pomposidad retórica. Por encima del retoricismo predomina el sentido del poema y la expresión de un sentimiento poético y sustancial.

Algunos de los temas principales de su poesía son los referidos a la pérdida, la separación y el desarraigo, pero también aparecen algunos de índole más personal como la ausencia, la soledad y el amor. Predominan, sin embargo, los poemas de inspiración religiosa, (Moschos 1989, p. 72; Tsirpoulos 2002, p. 32; Michailidis 1995, pp. 7-24) que abundan en colecciones como *Trayecto* (1982), *Deber* (1979), *Huellas* (1984) o *Iluminación* (1984²). En el conjunto de su obra, tanto en prosa como en verso, queda patente su profunda fe en la ortodoxia (Moschos 1987, p. 478). En la biografía de su hermano Yorgos Seferis, la autora nos habla del fuerte sentimiento religioso transmitido por su madre: “Mi madre, sin adoctrinarnos nunca, nos dejó una herencia incalculable: la fe en la presencia de Dios” (Tsatsou 2008, p. 35). De ella heredó Ioanna esa profunda fe en Dios que se trasluce en muchas de sus obras y, principalmente, en sus composiciones poéticas.

La ortodoxia como sello de identidad

Este profundo sentir religioso empezaría a aflorar y a tomar forma durante los años de la Ocupación, coincidiendo con su despertar literario. Los duros momentos vividos durante aquel periodo la llevaron a buscar un refugio, pero también a buscarse a sí misma y a definir los rasgos de su identidad. Ese refugio en el que trata de resguardarse de la dura realidad que vive lo conforman dos pilares básicos fuertemente entrelazados, la creación literaria y su profunda fe religiosa, sembrada por su madre durante la infancia. Reafirmarse en la fe transmitida por sus antepasados constituye un modo de remontarse a sus raíces y de hallar su identidad. De esta manera, nuestra autora logra asentar en su fe en la ortodoxia unas bases sólidas sobre las que erigirá los pilares de su identidad, no sólo religiosa, sino también nacional.

Hemos señalado al comienzo que Ioanna Tsatsos era originaria de la ciudad de Esmirna, situada en las costas Asia Menor. Este hecho no es en absoluto baladí, sino que tiene una importancia capital en muchos aspectos, pues determinará de manera significativa el rumbo de su poesía y es, en parte, el motor de esa búsqueda de la propia identidad. Todo esto tiene que ver con el hecho de que Ioanna era griega, pero había nacido en territorio otomano. El sueño de los griegos de Asia Menor, y entre ellos de Ioanna, de ver Esmirna liberada del yugo otomano para pasar a formar parte del estado griego se vio consumido en las llamas que asolaron la ciudad aquel septiembre de 1922. La nostalgia por su patria perdida hace crecer en el interior de la autora un fuerte sentimiento de desarraigo que se refleja en algunos de sus poemas más conmovedores, como este de su primera colección poética *Palabras del Silencio* (1968), en el que deja patente cuál era el sentimiento que albergaba

hacia su tierra natal:

*En el lugar donde nací extranjera,
en la casa de mi padre
en la casa que construí extranjera,
patria, ¿dónde estás?
¿y tú, calor del sol?*

*Busco tus huellas
que demostrarán que un día viví
en la tierra de agosto
junto con la dorada luciérnaga en la hierba
que reflejaban tus ojos
extasiados. (Tsatsos 1968, p. 14)*

El primer verso es de por sí muy revelador. La sensación de no pertenecer al lugar donde nació y que se vio obligada a abandonar es lo que despierta en su interior el sentimiento de desarraigo. Los versos en los que, por medio de una serie de preguntas retóricas, llama a su patria y evoca el calor del sol, enfatizan la ausencia de una patria a la que pertenecer. Cabe aclarar en este punto, que cuando la autora hace alusión a la “tierra de agosto”, se refiere a Skala (actual Urla), lugar de costa donde la familia pasaba los veranos y donde solían celebrar el día de la Virgen, el 15 de agosto, de ahí que utilice el epíteto “de agosto” para referirse a aquella tierra. El verso “busco tus huellas” revela esa búsqueda de la autora de los vestigios de la civilización griega en Asia Menor que puedan justificar y dar legitimidad a su tan anhelada pertenencia a aquella tierra.

En relación al tema del desarraigo, cabe señalar que, aunque en la biografía *Mi hermano Yorgos Seferis* la autora afirma: “Por nosotros, hijos de Jonia, fluía todo el complejo territorio griego, era nuestro. Jamás nos sentimos desarraigados. Desde el templo antiguo, hasta las basílicas y la ermita bizantina y el pasajero de Patmos, no había ruptura alguna” (Tsatsos 2008, p. 32), esta afirmación se refiere a los años en que la familia vivía en Asia Menor. El sentimiento de desarraigo irá abriéndose hueco en el interior de la autora tras la partida de la familia a Atenas en 1914 y, sobre todo, después de la Catástrofe de 1922, que supuso el fin definitivo de la milenaria presencia griega en Asia Menor⁵.

⁵ Este hecho se ha considerado la mayor pérdida para el helenismo después de la Caída de Constantinopla en 1453, ya que supuso el fin definitivo de su carácter ecuménico.

El sentimiento de desarraigo lleva a nuestra poetisa, no sólo a buscar sus raíces griegas, sino a reivindicarlas vivamente. El recurso que encuentra para justificar esta reivindicación y para expresarla poéticamente es remontarse hasta la Antigüedad. Es significativo, en este sentido que, en muchas ocasiones, no se refiera a la zona con el nombre de Asia Menor, sino con el nombre de Jonia, denominación que nos remite directamente a la Antigüedad, cuando los jonios fundaron ciudades que gozarían de gran esplendor como Mileto, Halicarnaso, Éfeso o la propia Esmirna. No en vano, como hemos visto en el pasaje anterior, ella misma se autodefine como “hija de Jonia”, identificándose directamente con los antiguos pobladores griegos de las costas de Asia Menor.

Es preciso prestar atención al modo en que la autora hace énfasis en la continuidad del helenismo a través de símbolos relacionados todos ellos con la religión y que abarcan los distintos periodos de su historia, desde el templo antiguo, hasta la ermita bizantina, uniendo diacrónicamente la Antigüedad con la era cristiana. La autora trata así de reivindicar el marcado carácter griego de Asia Menor y, al mismo tiempo, de desvincular la zona de todo elemento otomano al que, como vemos, no alude.

Algo similar hace en un poema de su colección *Deber* (1979), en el cual, a través de la imagen de la isla del poeta Homero, Quíos, la autora une la Asia Menor antigua con Bizancio y éste con los griegos cristianos ortodoxos de la actualidad, entre los que se cuenta ella misma:

*Deja que susurrando le cante un verso
a la concha de tu mar, isla de la Fe
tus olas traen el lamento de Niobe
desde la otra orilla,
el salitre se vuelve amargo de tantas lágrimas.*

*Deja que te cante un verso, isla de Homero,
Tal como te vi hacer surgir granados
al mediodía
son tus granadas todas las cúpulas bizantinas
bordadas de cerámica,
innumerables tus granadas y las cúpulas bordadas
nostalgias del emperador desterrado
que a caballo ascendía laderas, tus cimas
marcando las rocas con su promesa.*

*También nosotros somos peregrinos bizantinos
atravesamos tus vestigios
contemplando cómo en los bosques pequeños fuegos
iluminan la imagen de la Virgen Orante
que responde al pesar de Niobe (Tsatsos 1979, pp. 25-26).*

La autora dedica este poema a la isla de Quiós, a la que se refiere con el calificativo de “isla de la Fe” a fin de vincularla inequívocamente a la religión cristiana. Lo que mueve la composición del poema es la visita de la autora a esta isla, desde cuyas costas alcanza a ver su tierra natal, una tierra que ya no es suya y que le resulta inalcanzable. Aunque en el poema no hay ninguna alusión directa a la Catástrofe, sí se alude indirectamente a ella a través de la figura mitológica de Niobe. El mito nos cuenta que, tras la muerte de sus hijos, Niobe se refugió en el reino de su Padre, en Frigia (Asia Menor), donde Zeus la convirtió en piedra. Niobe es en este poema la personificación no ya de Grecia, sino de lo griego, del helenismo en su dimensión ecuménica, mientras que los hijos muertos por los que llora son los griegos de Asia menor que perecieron aquellos trágicos días de septiembre de 1922. Más allá de la personificación del helenismo en la figura de Niobe, el poema es también un lamento por una pérdida irrecuperable, representada por los hijos muertos, la pérdida de una tierra en la que habían vivido durante milenios, la pérdida de lo que en adelante aparecerá ya a lo largo de toda su obra como un paraíso infantil idealizado.

En el poema conviven los símbolos del helenismo antiguo (Niobe, Homero) con los símbolos cristianos bizantinos (isla de la Fe, el emperador, las cúpulas y los peregrinos). Niobe representa el helenismo clásico, mientras que los símbolos cristianos representan la continuidad de ese helenismo ya como civilización cristiana, en los siglos del Imperio Bizantino. A través de la religión y, más concretamente, de la ortodoxia, la civilización bizantina perdura y se extiende hasta nuestros días, como se desprende del uso de ese pronombre personal en plural “nosotros” que nos sitúa en el momento en que la autora escribe: “también nosotros somos también peregrinos bizantinos” señala incluyéndose en esa tradición bizantina de la que, gracias al hilo conductor de la religión, es heredera.

El periodo bizantino, del que la autora era buena conocedora, tiene una importancia vital para poder comprender el tema que nos ocupa. Por Imperio bizantino hemos de entender el Imperio romano de Oriente, con capital en Constantinopla, que fue, no ya heredero, sino más bien continuador del Imperio romano, ya que sobrevivió casi mil años a la caída del Imperio

romano de Occidente. No hemos de olvidar que Constantino el Grande fundó la nueva capital del Imperio en 324 d.C. a imitación de Roma, pero libre de pecado, es decir, como la capital cristiana del Imperio. Esta tradición cristiana y, ya después del cisma con la Iglesia de Occidente, ortodoxa fue un elemento que dio una fuerte cohesión social a Bizancio, a pesar del surgimiento de doctrinas diversas. Así mismo, durante la dominación otomana, uno de los elementos distintivos de los griegos –que no en vano se denominaban a sí mismos romanos (ρωμιοί)- junto con la lengua era la religión. La religión es pues el elemento distintivo griego al que se aferra Ioanna para asentar las bases de su identidad como puede apreciarse en este poema de su primera colección poética *Palabras del Silencio* (1968).

*Los hombres me llevan a Ti,
sus palabras contradictorias
se desvanecieron en el infierno del engaño,
me refugié en Tu silencio
Escucho la canción de tu silencio
en mis raíces
Tu respiración en mis raíces
es la única frescura.*

*Señor,
desnuda en Tu sabiduría
fui más allá de las lágrimas
fui más allá del miedo
íntegra en Tu gracia.*

*Señor, todo se desvanece
Lo único que existe eres Tú. (Tsatsos 1968, p. 16)*

Para comprender el poema, hay que decir que Ioanna utiliza los pronombres personales en mayúscula cuando se está refiriendo a Dios. Este poema es un buen ejemplo de esa búsqueda de refugio de la que hablábamos antes y deja claro cómo, en esas que raíces que tanto anhela y reivindica nuestra poetisa, se encuentra Dios. Ya hemos señalado que la religión, el dogma ortodoxo, es un pilar básico de la identidad griega, pero nuestra autora va un paso más allá e identifica la ortodoxia con la tradición bizantina en su conjunto. Esta identificación se hace patente en muchas de sus obras. La hemos visto en el verso anterior “también nosotros somos peregrinos bizantinos”. Esta idea

se ve reforzada en su diario *Las horas del Sinaí*, en el que nos narra su visita al monasterio de Santa Catalina. Cuando la autora explica los motivos por los que desea dejar constancia de su peregrinación al Sinaí explica: “Porque el Monasterio de Santa Catalina, continuación de Bizancio, historia viva, ¡venció los siglos adversos!” (Tsatsos 1981¹, 79). La continuidad ininterrumpida del Monasterio de Santa Catalina desde los tiempos bizantinos hace al monasterio erigirse como un símbolo de la pervivencia de la civilización bizantina. Ioanna se refiere al monasterio como “continuación de Bizancio”, porque para ella el monasterio constituye un rincón de Bizancio jamás sometido al poder otomano. Es preciso hacer hincapié en que la autora evita de manera sistemática hacer referencia a los otomanos. Sin embargo, la idea de la dominación otomana subyace en la expresión “los siglos adversos”.

De la misma manera, afirma con respecto a la liturgia a la que asistió durante su visita al Sinaí: “Tres horas y media duró la liturgia episcopal de los Emperadores bizantinos. Se conmemoró a Justiniano y a Teodora. Bizancio continuaba en su gloria sagrada. ¿Quién se atrevería a hablar de la Caída de Constantinopla? ¿Quién de *rayades*?” (Tsatsos 1981¹, p.79). Cabría explicar aquí que el término *rayás* (ραγιάς) hace referencia a los súbditos griegos del Imperio Otomano y que se trataba de un término peyorativo que revelaba una relación de subordinación con los otomanos. Estas preguntas retóricas que plantea aquí la autora no implican que esté negando la caída de Constantinopla. Lo que pretende es enfatizar la pervivencia de la ortodoxia en el monasterio y con ella, la pervivencia de Bizancio. Convendría aclarar, tal vez, a este respecto que Ioanna había viajado al monasterio en 1980 a raíz de la disputa surgida entre hebreos y egipcios por la posesión del Sinaí para subrayar, en calidad de esposa del presidente griego, que el Monasterio pertenecía a la Grecia Ortodoxa (Tsatsos 1993, pp. 152). De hecho, uno de los símbolos que la autora destaca a su llegada al Monasterio es la bandera griega ondeando al viento: “Corto el camino hasta el Monasterio. He ahí los históricos muros. Unos pasos más. En la entrada, la bandera griega, confundida con el cielo”. (Tsatsos 1981¹, p. 77). Con el símbolo de la bandera blanquiazul ondeando a las puertas del monasterio la identificación de Grecia como continuación de la civilización bizantina se ha completado.

A través de esta concepción de la civilización bizantina, vamos a ir viendo cómo la identidad religiosa de Ioanna, muy fuertemente arraigada en los comienzos del cristianismo en Oriente, se convierte en identidad nacional. Así, en algunos de sus poemas se denomina a sí misma “bizantina”, como ocurre en este que se engloba en su obra *Pared desnuda* (1976¹) titulado “Nos vamos... a la Ciudad”. El poema se escribió con motivo de una visita de la

autora a Estambul en 1972.

*Apoyé mi mano en tu piedra deshecha,
yo, la cristiana bizantina, te traigo mi fe.*

Las aguas sagradas se secan sin fe.

*Partiendo desde lo lejos, desde Esquilo
arribamos a los recuerdos del corazón,*

*Entre las nieblas vespertinas
se elevan tus murallas
señor creador; cuando las erigiste,
las cimentase con el arte de Arquímedes,
también tu palacio fue una saetera
y así se crecieron,
mil años salvaguardaron el candil,
y ahora, convertidos en ruinas historian:
unos bárbaros los asiáticos,
unos bárbaros los cruzados europeos.
“País de los vivos”
país de los muertos.*

*En el balcón del Palacio Sagrado
la emperatriz se entrega a sus deseos
que surcan las ondas del Bósforo,
sin embargo, en la Puerta
un cedro gigante fulminado por el rayo
tiene sus negras ramas quebradas.
Yo soy la hoja que envuelve su cuerpo vivo,
En el viento glaciador bramo ritmos del invierno.*

Las aguas sagradas se secan sin fe.

*Apoyé mi mano en tu piedra deshecha,
Yo, la cristiana bizantina, te traigo mi fe,
tú eres mi Iglesia,
Mis latidos se confunden con los tuyos.*

*Entre las escrituras de otro pueblo
la virgen resguardada en su hornacina
me miró
su brillo mudo centelleó en su museo
sin salida
Se encendieron los innumerables candiles
Y destacó su liturgia.*

*Se calmaron las penas en la conmoción de mis raíces.
Amargura del regreso,
recibimiento,
maldición.*

*Cristo, en este lugar vuelves a ser crucificado
en Tu segunda patria,
inclínate ante el monje santísimo,
también él es crucificado. (Tsatsos 1976, pp. 34-36)*

En los versos que conforman la primera estrofa se resumen todos los elementos que hemos comentado anteriormente. El símbolo “tu piedra deshecha” responde, con toda probabilidad, a la contemplación de los antiguos vestigios de la civilización bizantina que conservan aún su fuerte impronta en la ciudad del Bósforo. El segundo verso es revelador, ya que en él vemos cómo, una vez más, se denomina “bizantina”. A través del uso de la primera persona “yo”, la poetisa se identifica como cristiana ortodoxa y por lo tanto como bizantina, proceso mediante el cual correlaciona el cristianismo ortodoxo con el conjunto de la civilización bizantina. Este es un recurso a través del cual trata de justificar su presencia en la Ciudad que un día perteneció a sus ancestros y de erigirse como heredera legítima de esa tradición.

Ioanna se presenta como portadora de la antigua fe cristiana que un día fue el estandarte de la civilización bizantina. Atendamos un momento al verso “las aguas sagradas se secan sin fe” porque en esas pocas palabras expresa toda una realidad histórica. El poema se compuso algunos años después de las deportaciones de griegos de Estambul en 1964⁶, tras las cuales la comunidad

6 Tras la derrota griega en la guerra grecoturca y la Catástrofe de Asia Menor, se firmó el Tratado de Lausania en 1923, que establecía los intercambios de población, es decir, que los griegos que habitaban en territorio turco pasaran a Grecia y viceversa. De esta manera alrededor de 1.100.000 de griegos se trasladaron a Grecia mientras que unos 380.000 musulmanes pasaron a Turquía. Los griegos de Estambul y de las islas

griega, que hasta entonces había sido muy representativa, quedó reducida a la mínima expresión. Así pues, en un momento en que la fe ortodoxa escasea en la Ciudad, Ioanna se presenta como portadora y representante de esa fe. El poema está plagado de símbolos que hacen referencia a la religión cristiana ortodoxa, como el candil, salvaguardado durante mil años y que es el símbolo de esos mil años que el Imperio Bizantino sobrevivió a la caída del Imperio Romano de Occidente.

Como ocurría en el poema anterior, la autora combina símbolos de la Antigüedad clásica (Esquilo, Arquímedes...) con los símbolos bizantinos que aparecen a lo largo de todo el poema (emperatriz, las murallas, el palacio, el Bósforo) y los símbolos del cristianismo como la Virgen en la hornacina y el candil, que destacan entre “las escrituras de otro pueblo”. El término que utiliza aquí Ioanna es “αλλόφυλος” (de otra raza, de otro linaje) y con él se refiere, claro está, a los otomanos musulmanes, a los que no hace alusión directa en ninguno de sus poemas. De esta manera, la autora va trazando el devenir histórico de la Ciudad, primero como sociedad pagana y, más tarde, como sociedad cristiana, dejando fuera la parte histórica correspondiente al Imperio Otomano. Como decimos, la autora se resiste a utilizar en su poesía la palabra “turco” o la palabra “otomano” y por eso utiliza la palabra “asiáticos” para referirse a ellos, en el verso “unos bárbaros los asiáticos”. Detrás de estos versos subyace un evidente desprecio a lo otomano y una contundente reivindicación de que culturalmente la Ciudad “pertenece” a los griegos.

Vemos, además, que con el mismo calificativo de “bárbaros” se refiere a los Cruzados, a los que, como ortodoxa, se contraponen desde el punto de vista dogmático. La autora sitúa en el mismo plano a los otomanos (asiáticos) y a los cruzados, no ya por su diferente dogma, sino por los daños que unos y otros infligieron a la Ciudad, los cruzados a su paso por la capital bizantina de camino a Tierra Santa y los otomanos tras su entrada en Constantinopla en 1453.

Vamos a ver, para terminar, una serie de poemas que compuso bajo el título “De la Ciudad Reina” (*Της βασιλεύουσας*), recogidos en su colección *Brillo del tiempo* (1990). Una vez más, la protagonista de este conjunto de poemas es Constantinopla, que se erige en el conjunto de la obra de nuestra

de Imbros y Tenedos estuvieron exentos de esta medida, de manera que en la Ciudad continuó habiendo un alto porcentaje de población griega. Sin embargo, estos griegos eran continuamente “invitados” a abandonar la ciudad por parte de las autoridades turcas. Desde 1955 se llevaron a cabo deportaciones de griegos, que tuvieron que instalarse en Grecia. Hoy en día la comunidad griega de Estambul no superará los 3.000 habitantes. (The New York Times, 1964)

autora como un símbolo de la antigua civilización bizantina unida fuertemente a la ortodoxia. El primero de estos poemas, de hecho, lleva precisamente el título de “Ortodoxia”:

Ortodoxia
17 de diciembre de 1989 domingo

Entre personas de otro pueblo,
a la Gran Iglesia
no le afecta la vorágine,
iconos con espíritu de Cristo
y el púlpito teselado
de Crisóstomo,
Sinaxario

Siglos de antaño y de ahora
parecían los mismos
los Señores de la Ortodoxia
más allá del tiempo
vestidos de dorado
desde los confines de la Ecúmene
honraban
al Primero del Pueblo
el Bósforo fluía sereno
Y la luz
turbia de devoción
comulgaba
con una línea de incienso granate
que ascendía
hacia el azul. (Tsatsos 1990, 67-68)

En el primer verso encontramos una palabra de la que hacía uso también en el poema anterior: “αλλόφυλος”, con la que se refiere, una vez más, a los otomanos y que hemos traducido como “de otro pueblo”. Esta palabra nos sitúa en el pensamiento interior de la autora, que de nuevo se encuentra ante la Gran Iglesia, con toda probabilidad Santa Sofía, y que percibe el elemento otomano como algo ajeno a ella misma, pero también como algo ajeno a la Ciudad y, por supuesto, a la Gran Iglesia. La idea que la autora quiere expresar aquí es cómo destaca el elemento cristiano sobre el musulmán para fundamentar

la idea de que culturalmente ella pertenece a la Ciudad y que la Ciudad le pertenece también en cierto modo. De ahí que los símbolos del cristianismo ortodoxo abunden en el poema, empezando por la Gran Iglesia, pasando por los iconos, el púlpito de Crisóstomo, los Señores de la Iglesia, etc. Lo que nos interesa aquí fundamentalmente es la idea de la pervivencia de la civilización bizantina a través de la continuidad del cristianismo ortodoxo que se expresa claramente en los versos “siglos de antaño y de ahora / parecían los mismos”. Una vez más, la autora da un salto hacia atrás para pasar del momento actual en que vive a los momentos de antaño, cuando la ortodoxia brillaba con todo su esplendor en todos los rincones del Imperio bizantino. El poema nos lleva, efectivamente, a los tiempos bizantinos mediante las imágenes que aparecen de principio a fin del poema y que se conjugan con los símbolos de la ortodoxia: la Gran Iglesia, el sinaxario, Señores de la Ortodoxia vestidos de dorado, el Bósforo, el Primero del Pueblo y el sentimiento de devoción, del que es partícipe nuestra autora y que puede percibir todavía entre los muros de la Gran Iglesia. Todos estos elementos se oponen a la “vorágine”, término con el que parece estar aludiendo a la caída de Constantinopla y son los que conforman su identidad religiosa, como ortodoxa, pero también su identidad nacional como bizantina.

Cabría hacer una reflexión a este respecto. Los bizantinos nunca se denominaron a sí mismos bizantinos. Esta es una denominación muy posterior que debemos a los estudiosos del siglo XIX. La denominación que los bizantinos utilizaban para referirse a sí mismos era *romiós* (ρωμιός), que está en relación con el término “romano”, ya que no olvidemos que los bizantinos eran ciudadanos del Imperio romano. Pues bien, el término *romiós*, sigue designando hoy día a los griegos. Esta relación es la misma que encontramos en el uso de la denominación de “bizantina” que utiliza Ioanna. Ella es ortodoxa, por lo tanto, continuadora de la tradición del Imperio romano de Oriente y eso es lo que, en el momento en que escribe, la convierte en bizantina, es decir, *romiá*, es decir, griega.

Veamos, para terminar, un último poema, que se engloba también dentro de esa breve colección bajo el título de *De la Ciudad Reina*, el titulado “Belén”, escrito unos días después que el anterior:

Belén
Navidad 1989

Para el niño
que viaja con su madre,
cada país es su patria
y recuerdo del amor.

Del mismo modo para Ti
los lugares en que te adoraron
son el regazo de la Virgen
son tu Belén.

El regazo de la Virgen
Es Santa Sofía
Y el iconostasio
De nuestra casa. (Tsatsos 1990, p. 70)

Este poema sigue la tendencia general de todos los vistos anteriormente. Se produce una estrecha vinculación entre la civilización bizantina y la religión ortodoxa destinada a reivindicar las raíces cristianas de la Ciudad. Así pues, lo que Ioanna quiere reivindicar aquí es que Santa Sofía es un lugar en el que adoraron a Cristo y eso la convierte en su hogar, “en el regazo de la Virgen”. Tanto Constantinopla como Santa Sofía son símbolos de la pervivencia de la civilización bizantina a través de la religión. Ese elemento cristiano, que fue uno de los pilares básicos sobre los que se levantó la civilización bizantina, sigue presente en el iconostasio de las casas de cada ortodoxo y cómo no, también en que fue el hogar de nuestra autora en la calle Kidathineon 9, del ateniense barrio de Plaka.

Conclusiones

A través de todos estos poemas se puede concluir que la religión es el elemento conductor que lleva a Ioanna hasta sus raíces. Es precisamente la religión la que hace que se sienta más identificada con el elemento bizantino que con la Antigüedad clásica. Las alusiones a la Antigüedad mediante símbolos constituyen más bien un recurso estilístico a través del cual la autora desea ahondar las raíces del helenismo para, al mismo tiempo, hundir sus propias raíces y reivindicar el helenismo de Asia Menor, perdido tras la Catástrofe de Asia Menor en 1922. Los símbolos de la Antigüedad Clásica la ayudan a

aliviar su sentimiento de desarraigo y a reforzar su conciencia de pertenencia a un lugar. Sin embargo, lo que le brinda esa tan deseada pertenencia a un lugar y lo que finalmente la ayuda a hallar su identidad y a sentirse conforme con ella misma en el tiempo y en el espacio no es otra cosa que su religión. Como vemos, aunque en un principio la poesía de Ioanna Tsatsos puede parecer fundamentalmente intimista, tiene un fuerte carácter testimonial y el referente histórico subyace lleno de matices detrás de cada verso.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- CLOGG, R. (1996). *Historia de Grecia*. Cambridge: University Press.
- GLYKOFRYDI-ATHANASOPOULOU, Th. (2004). “Ιωάννα Τσάτσου: η μεταφυσική νοσταλγία της Σκάλας και το μυστήριο της Αγάπης”, *Η λογοτεχνία στη Μικρά Ασία*. Atenas.
- GRAUPERA, Á. (1920). *La persecución del helenismo en Turquía*. Barcelona.
- LEGUINECHE, M. (1982). *El estado del golpe*. Barcelona: Argos Vergara.
- MARCEAU, M. (1968). *La Grecia de los Coroneles*. Barcelona: Aymá.
- MICHAILIDIS, K. (1995). “Η θρησκευτικότητα στο έργο της Ιωάννα Τσάτσου” en Tsiropoulos, K. (ed.) *Για την Ιωάννα Τσάτσου*. Atenas: Euthyni.
- MORCILLO, M. (2006). “La derrota de Asia Menor y el intercambio de poblaciones greco-turcas: la cuestión del término “establecido” (1923)” en Morfakidis, Moschos y Motos Encarnación (ed.). *Constantinopla 550 años de su caída*. Granada: Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas, Universidad de Granada, tomo III.
- MOSCHOS, E. (1987). “Το θρησκευτικό βίωμα στην ποίηση της Ιωάννας Τσάτσου (1945-1985)” en *Πρακτικά Έκτου Συμποσίου Ποίησης. Νεοελληνική μεταπολεμική (1945-1985)*. Atenas: Gnosi.
- THE NEW YORK TIMES. (1964). *TURKS EXPELLING ISTANBUL GREEKS; Community's Plight Worsens During Cyprus Crisis*. Recuperado de <https://www.nytimes.com/1964/08/09/archives/turks-expelling-istanbul-greeks-communitys-plight-worsens-during.html>
- TSATSOS, I. (2000) (1965¹). *Φύλλα κατοχής* [Diario de la Ocupación] Atenas: Estía.
- (1968). *Λόγια τής σιωπής* [Palabras del silencio]. Atenas: Estía.
- (1969). *Άτμητο φῶς* [Luz indivisible]. Atenas: Estía.
- (1971)¹. *Ἐλεγος* [Elegía]. Atenas: Estía.
- (1973). *Ὁ ἀδερφός μου Γιῶργος Σεφέρης* [Mi hermano Yorgos Seferis]. Atenas: Estía.
- (1976)¹. *Γυμνός τοῖχος* [Pared desnuda]. Atenas: Estía.
- (1976)². *Ὁ κύκλος τοῦ ρολογιοῦ* [El ciclo del reloj]. Atenas: Estía.

- (1979). *Χρέος* [Deber]. Atenas: Ikaros.
- (1981)¹. *Χρόνος* [Tiempo]. Atenas: Ikaros.
- (1981)². *Ώρες τοῦ Σινᾶ* [Las horas del Siná]. Atenas: Ikaros.
- (1982). *Πορεία* [Trayecto]. Atenas: Ikaros.
- (1984)¹. *Ίχνηλασία* [Huellas]. Atenas: Ikaros.
- (1984)². *Καταναγασμός* [Iluminación]. Atenas: Ikaros.
- (1988). *Στιγμές και μνημες* [Momentos y recuerdos]. Atenas: Estía.
- (1990). *Φέγγος χρόνου* [El brillo del tiempo]. Atenas: Ediciones de los Amigos.
- (1992). *Φῶς στῆ σκοτία* [Luz en la oscuridad]. Atenas, Ediciones de los Amigos.
- (1993). *Κυδαθηναίων 9* [Kidathineon 9]. Atenas: Astrólavos/Euthyni,
- (2008). *Mi hermano Yorgos Seferis*. Traducción de Maila García Amorós. Granada: Centro de Estudios Bizantinos, Neogriegos y Chipriotas.
- TSIRPOULOS, K. (2002). *Τὸ φέγγος τῆς Ἰωάννας Τσάτσου* [El brillo de Ioanna Tsatsos]. Atenas: Estia.
- VACALÓPOULOS, A. (1985). *Historia de Grecia Moderna, 1204 - 1985*. Santiago de Chile: Universidad de Chile.